

FONDO ESTATAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE NUEVO LEÓN

PAPELES REPASADOS

Mario Anteo



Árido reino

FANTASMA DE CARNE BLANCA

MARIO ANTEO

(19-22 pp.)

© 2006 Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

© 2006 Mario Anteo

Cuidado editorial: Patricia Laborde

Diseño de la colección: Mario Cantú Toscano

Impreso en México

ISBN 968-5724-62-8

FANTASMA DE CARNE BLANCA

A Rodrigo el Huevo, quien en paz descansa.

Bien, regresemos a esa tarde. Estás en la azotea de tu casa, viendo la alameda a lo lejos, un domingo soleado. Allá todo es fiesta, racimos de globos, vendedores, volutas de algodón azucarado, niños en el tobogán. La gente circula lubricada, fragua amoríos, se divierte. Divisas el alegre panorama desde la azotea de tu casa, cigarro en boca, los ojos rojos de tanto recuerdo, tanto evocar la muerte de Elba.

Cierras los ojos y ves la sonriente calavera de Elba, jalonándose hacia el lado oscuro, lejos de la alameda. Te resistes al embate del recuerdo, no quieres caer en la tentación del suicidio. ¿Por qué rechazas la idea del suicidio?

No lo sé, tal vez por miedo. Divisando desde la azotea la gente que compraba lonches y refrescos, o derribaba patos de plomo en los puestos de la feria, entreví un resquicio de luz. Cuando ella murió, en un arranque de furia logré pensar que, con un poco de tiempo y condición física, podría verme en el espejo y darme ánimos, aguanta un poco, el tiempo mueve montañas. Necesitaba que mi cuerpo me diera esperanzas, pues entonces era yo un esqueleto al que se compadecía desde mis tiempos de Secundaria.

Por eso en la azotea aguardaba a que cayera la noche, se despejara la alameda. Había resuelto iniciar mi acondicionamiento físico. Si el suicidio estaba descartado, si aún rodaba la gota del deseo, debía brillantar mi cuerpo, sacudirme el canto de Elba que me jalonaba hacia la nada.

O sea que no tenías más opción que aferrarte a las cosas aunque no tuvieran sentido. Necesitabas tu imagen, asomarte al espejo y admirar una constitución fibrosa y saludable. Sabías que sólo la narcisa autoestima evitaría tu muerte. En esto pensabas cuando al fin bajaste de la azotea y en tu cuarto cortaste un viejo pantalón, dispuesto a sobrevivir la muerte de Elba. Ahora, mientras te pones el short, piensas que, en efecto, el amor entra por la vista.

A las once de la noche me dirigí a la alameda. La dominical fiesta de paseantes había concluido, los árboles parecieron reanudar una conversación interrumpida, la gente marchaba hacia el laborioso lunes. Mi consigna: dos vueltas a trote, sin detenerme ni pensar en Elba.

Sea, ya estás en la alameda. El cielo se ha nublado, un relámpago tras el cine Montoya. Un borracho rendido al pie de un árbol, una pareja en lo más oscuro. Arrastrado por el viento, un vaso de plástico rasga el pavimento. Desbordados tachos de basura junto a los expendios de cortinas metálicas. Comienza a lloviznar. Un perro camina con la cabeza gacha. Es extraño, nunca lo habías hecho, correr en una soledad de desperdicios.

Te inquieta esa patrulla agazapada junto al café Lisboa. De repente el viento enturbia la noche, quiere fastidiar tu postrera oportunidad. Una lágrima rueda por tu mejilla, descende, moja tus labios, cae y hace plop sobre una bolsa de fritos vacía.

Jalas aire con los puños cerrados, y antes de que te abrume el recuerdo de Elba, echas a correr. Quieres hacer ejercicio, comer bien, hacerte de un cuerpo flexible y agradable. Basta de insomnio y hemorroides. Pero, ¿en verdad pensabas llegar a la meta? Recuerda, la llovizna arreció, devino sordo manto. Tú sigues corriendo, la boca cerrada, el tranco corto. Al doblar la primera esquina, encuentras una jauría de perros disputándose una hembra.

Sintiéndome el perro más flaco de la jauría, padecí sus celos, los ojos inyectados, el costillar desnutrido. Entonces Elba quiso

irrupir en mi memoria, pero yo aceleré y dejé atrás el enjambre de colmillos y feromonas, mientras la hembra meneaba la cola.

No duró mucho tu evasión mental. Al comienzo de la segunda vuelta, cada tranco decía "el-ba", ¿no?

Bueno, sí, pero yo apretaba los puños y sacudía la cabeza empapada.

Eso no servía, la verdad es que flaqueabas, acéptalo. Cuando, en la siguiente vuelta, en vez de la jauría encontraste una pareja de perros satisfecha, estuviste a punto de largarte a tu cama, desplomarte. ¿Por qué le diste tanto poder a Elba? Ella se fue dejándote una eternidad de tiempo que no sabes cómo gastar. La chispa de que hablas parece tan desvalida...

No me fui a la cama.

No, pero la caminata comenzó a perder sentido.

Aún lo tenía.

Vamos, te conocemos.

¡Y a ustedes qué les importan mis cosas!

Intentemos reconstruir la escena. Puedes corregirnos; no es ningún interrogatorio policiaco. Disculpa si a ratos parecemos incisivos o sarcásticos.

En fin, ¿qué diablos quieren saber?

Queremos saber cómo te sentías en verdad cuando, más tarde, te sentaste empapado en una banca. Recuerda, extendiste tus brazos a ras del respaldo, la boca abierta, los ojos cerrados, jadeante. ¿Te sentías mejor? Eso queremos saber.

De acuerdo; sólo recuerden que estoy muy cansado.

Bien, regresemos a esa noche. Has aminorado el paso, las fuerzas te abandonan y aún falta media vuelta. Tanta basura dominical comienza a darte asco: desechos de fritangas, elotes mordisqueados, bolsas grasientas y hasta un fétido excremento humano. Mientras, continúas corriendo, el-ba-el-ba, tranco a tranco, cada vez más despacio, el - ba - el - ba. Qué ridículos tus métodos de olvidar.

Obvio que no sería como apretar un botón y zas, heme con cuerpo y mente renovados. Sabía de la dificultad de adaptarme

a los nuevos hábitos que, con sus exigencias, quemarían la barbaridad de tiempo que Elba me legó. Se trataba, repito, no de olvidar a Elba, sino de verme en el espejo y recordarme. Aprender a decir sí.

Sí al día con sus sedimentos, óxidos y carroña. Corro sobre la basura, sólo falta media vuelta. Sí a caminar de nuevo, a correr cada vez más rápido. Acelero, estoy por llegar, la sangre se agolpa en mis sienes, la lluvia no cesa. Sí a la explosión del lastre en mis tobillos. Sí, he llegado, dos vueltas sin detenerme. Claro que sí.

Chorreante de sudor y lluvia, caigo en una banca. El aguacero crepita en mi cerebro, mientras pienso en ti, Elba, tu fresco vientre, tus manos enredadas en mi cabello, y ya casi entiendo la causa de que te marcharas tan de prisa.

Una mañana Elba vino a su casa, resuelta a terminar la relación. Necesitaba las manos libres para dedicarse a lo suyo, sin lastres ni compromisos afectivos. Trabajaba en Salubridad y ansiaba ascender a los cuadros mayores. Y hubiera llegado muy alto, si no la detiene el contratiempo que es la muerte.

Cuando con mano firme Elba rompió la relación, él sólo atinó a llorar como un niño. Tal llanto le supo muy mal a ella, lo supuso un grosero chantaje emocional. Enseguida, sin advertirlo, descargaba ella la furia pisando a fondo el acelerador, hasta que de frente se estampó en un muro.

Allá, en la banca, ¿seguías teniendo miedo?

Sí.

¿Podías sacudírtelo?

Sí.

¿Por qué estás tan seguro?

Sí.

¿Sí qué?

Sí a la chispa, al tropismo.

Está bien, puedes descansar.

Sí, descansaré un rato; luego comeré una sopa de verduras.

Gracias, me siento mejor.